

## **La isla de los condenados**

# **La isla de los condenados**

STIG DAGERMAN

TRADUCCIÓN DE CARMEN MONTES CANO



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*De dömdas ö*

Copyright © STIG DAGERMAN  
First published by NORSTEDTS, Sweden, in 1946  
Published by agreement with NORSTEDTS AGENCY

Primera edición: 2016

Traducción  
© CARMEN MONTES CANO

Ilustración de portada  
© JORGE GONZÁLEZ

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2016  
París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España.

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión  
KADMOS

ISBN: 978-84-16677-02-3  
Depósito legal: M-6214-2016

Impreso en España

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



Cultura

## ÍNDICE

LOS NÁUFRAGOS	9
La sed del alba	11
La parálisis de la mañana	37
El hambre del día	65
La tristeza del atardecer	91
La obediencia de la tarde	117
El anhelo del anochecer	143
Los fuegos de la noche	169
LA LUCHA POR EL LEÓN	187

## LOS NÁUFRAGOS

Dos cosas me llenan de espanto:  
Dentro de mí, el verdugo; y sobre mí, el hacha.

## LA SED DEL ALBA

Digamos que la ginebra, con una mezcla sutil de agua deshelada de un arroyuelo de montaña en caída vertical, con una pizca de hojas tempranas de acebo maceradas, cardamomo tostado sumergido en ácido gálico, bebida a toda prisa justo al alba, cuando la puerta del coche se cierra y aísla de la última risa, en fin...

La mano derecha de Lucas Egmont se deslizaba en el sueño arrastrando un poco las yemas de los dedos por la arena áspera, encostrada por relucientes películas salinas. ¿Acarició una mejilla? Un gusano largo, blanco, pero con anillos articulares tan finos como el hilo, muy juntos y de un negro inescrutable, pareció emerger de pronto del chapoteo de aquellas ondas y, con impetuosidad aterradora, ascender retorciéndose por la ondulación tenue de la playa. ¿Existía de verdad o era sólo su miedo quien lo veía?

Lucas Egmont yacía boca abajo con la pierna ilesa bien apretada contra el suelo, una posición fiable sólo en apariencia, ya que, muy poco después del atardecer, la arena empezaría a irradiar un frío afilado y agresivo que envolvería los miembros con una membrana inexorable, dura como una coraza, tanto más inflexible cuanto más cayera esta isla a través de la noche.

Cayera, sí. ¿Acaso era él el único en notar que las noches ya no descendían desde un techo colocado en lo alto, o que el día no se insuflaba como un gas blanco en aquella envoltura negra? No, los cambios eran bruscos e imprevistos: velas que se encendían para dar una llama supuestamente digna de confianza, y luego el estrangulamiento repentino; aunque la mano que estrangula no se atisba siquiera. ¿Acaso era él el único en aquel planeta cadente, en aquella bola de piedra espolvoreada de arena que se precipitaba hacia el fondo del pozo del mundo? Estratos de aire atravesados de luz, con los ribetes verdes,

estelas lila, llamas rojo intenso que cruzaban como el rayo y que clavaban cuñas cual colmillos de elefante hasta el centro mismo de nuestro núcleo tembloroso, que, camaleónicamente, cambiaba de color según los cambios de los pasajes. Bordes violáceos cuyo vínculo se veía brutalmente quebrado por una explosión de formaciones violentamente amarillas de alas de golondrina. Oscuridad extrema, el mismo aire, aunque el color en sí debía tener una consistencia capaz de frenar la velocidad de caída. La caída a través de la noche no era menos espantosa, pero se producía más lentamente, los enjambres de chispas que, en forma de estrellas, revoloteaban por la isla se elevaban despacio y podían observarse muy al fondo en una capa gris lechosa en la que se filtraban chorrillos diminutos como procedentes de una ubre gigantesca y escondida.

El alba, pues. A Lucas Egmont, que yacía boca abajo en la arena, con la pierna herida, la pantorrilla perforada, algo elevada sobre la base, como un viaducto largo en suave descenso a uno y otro lado, lo iban despertando poco a poco aquellas estrías grises de amargo filo que a pincel se le pintaban en los párpados. Con la mirada encogida de angustia bajo las membranas temblorosas, vio su propia mano acercarse a rastras por la arena. Un animal tumefacto con aire de sapo y los miembros sangrantes. Fuera, quería gritar, déjame; pero el animal no cesaba de cavar en la tierra unos agujeros de los cuales ascendían hacia el cielo columnas de humo blancas, cegadoras, finas como filamentos de cobre.

Tomad nota de su situación: quería gritar, pero era imposible, porque la lengua inflamada le temblaba en la boca como un puño enorme. En el naufragio, los barriles de latón llenos de agua potable habían salido despedidos por la borda y se habían estrellado rajándose contra el afilado arrecife. Allí estaban ahora, como focas medio encaramadas en el lomo de la roca que da al mar, y las ondas pausadas, que, en series infinitas de pulsiones emergentes, se desprendían de la línea del horizonte, se pasaban los días enteros tamborileando con sus blandos nudillos en aquellas espaldas de reluciente metal.

Así por lo menos había música. El rumor amortiguado y hueco de los tambores funerarios penetraba inmisericorde el murmullo susurrante de las olas, y, cuando la isla caía a través de las regiones amarillas ardientes, llameantes, Lucas Egmont descubrió que unos cables conductores finos, enérgicos, debían de conectar sus nervios auditivos a aquellos bidones escandalosos que había en el arrecife. Entonces trató de liberarse de un sonido tan penoso huyendo al corazón de la isla, pero iba arrastrando tras de sí los cables sobre la arena agotadora y árida, bancos de arena anegados donde chapoteaba el agua, crestas de rocas tan puntiagudas como dientes, entre cuyas sombras se agazapaban grandes lagartos de color marrón. Su retumbar lo perseguía a través de arbustos verdes, densos, sibilantes, preñados de un silencio misterioso, hasta prados de grama tan alta que llegaba por los hombros, coronada de panojas y poblada de ruiditos misteriosos, acaso de serpientes, acaso de algún ejemplar de esa especie de conejos diminutos que un Tim Solider hambriento aseguraba haber entrevisto en el lindero del cinturón verde de la isla.

Con la carrera, la sangre se puso en movimiento, se le abrió la herida de la pantorrilla, exhausto, tanto por la pérdida de sangre como por un miedo que lo destrozaba en pedazos, llegó por fin a las rocas exentas, roídas, que se alzaban por encima de la estrecha cinta de arena que, como la cenefa de un papel pintado, ribeteaba la isla. Por lo general, siempre había alguno de los demás deambulando por allí arriba, observando atentamente la laguna en busca de algún pescado comestible, la vista clavada en el horizonte con la esperanza completamente vana de ver otra isla más sociable y comunicativa flotando a este lado de la línea del mundo. Señor Egmont, señor Egmont, podía oírseles gritar los primeros días, mientras la carne aún presentaba vetas de un rojo apetitoso dentro de las cajas rojas de provisiones que habían arribado a tierra, señor Egmont, ¡deje que le ayude! Esa pierna...

¿Es que no oían el eterno resonar del arrecife que, a través de conductos elásticos, construidos con un sadismo infinito, le aporreaba la cabeza donde quiera que se encontrara?

Bueno, pero ahora que se veía allí tumbado, empezaba a pensar que, la verdad, también podía ser un sueño. ¿Sería cierto que aquellos huesos casi paralizados, con ese temblor tenaz, cubiertos de carne que se inflamaba y se amorataba lentamente —¡por Dios, quien hubiera tenido un cuchillo!— habían sido capaces de llevarlo por el escarpado repecho de la isla, por delante de aquellos seres errabundos que comprendían la gravedad de su situación en la misma escasa medida que la suya propia? Le entraron ganas de abrirles la boca a la fuerza para poder por fin convencerse de que sus lenguas eran bolas de arena tan grotescas, tan hinchadas y babosas como la suya. Hasta el límite, sí, hasta la última gota de agua, podrían, si las piernas seguían sosteniéndolos, precipitarse por las altiplanicies tan despreocupados como cazadores de mariposas, dormir más allá del alba aunque a cada cambio de luz se acercaban al fondo del mundo en caídas infinitas.

Oooh. Sin poder mover un solo miembro para evitarlo, de repente, lo atravesó un gemido, toda una serie de gemidos; cadencias sin principio ni fin en crueles sacudidas, a través de todo el cuerpo, le aporreaban el diafragma, le rajaban el pecho, le quemaban el cuello, se abrían paso con fuerza punzante por delante de la lengua. ¿Dónde se han metido? De repente resonó a su alrededor un sonido sólido que parecía elevarlo un poco, lo envolvía por todos los lados como un agua, se le colaba por los oídos, ardiente y estimulante como el vapor de una bañera; las resacas lo conducían despacio a través de canales ensanchados; el cuerpo, ligero como una argolla, giraba lentamente al menor de sus impulsos; en todo momento sentía en la piel la presión leve, enguantada, del sonido que ahora arreciaba; unos dedos que tanteaban persistentes le tensaban ahora la piel y la hacían resplandecer como una membrana a la luz aguda del verdor del canal, se le ovillaban dolorosamente los nervios en torno a tres de esos dedos crueles, ya los sumergían en agua que corría fresca, que, estando helada, mordía; era como si te mondaran vivo hasta el blando núcleo; hasta que se despertó en el consabido prado del sueño de la sed:

El césped, el césped de la infancia, con los extremos cargados de semilla; el poni Pontiac bailaba por el prado con la hierba susurrándole alrededor del lomo, se le soltaba la silla y le golpeaba una y otra vez el costado negro como el betún. Correr a través del alto y verde césped y, con un grito de dolor súbito y desatado y de alegría rezumada, rodear con los brazos el cuello del animal que se contoneaba. Sentir la presión de un hocico blando y húmedo que iba estampándose en la nuca, en el cuello desnudo, en la frente ardorosa, y te iba empujando lentamente hacia abajo, hasta la cálida hierba veraniega. Pues siempre es estío en este sueño, la gran mariposa blanca aletea describiendo espirales alrededor de la cabeza estival. Ya estás encaramado a la silla, espoleas a Pontiac en la cinchera, los árboles del parque destilan gotitas de sol, aquella pelota de croquet que el tío Jim perdió al lanzar en la niebla la otra tarde se ve ahora junto a la raíz del roble; pero, ¿por qué no? ¡Ahí puede seguir! Pontiac ya está resoplando, la piel reluciente se tensa bajo el corazón, el pulmón, los nervios, pero el niño del gorro rojo que va sobre su lomo le clava el tacón del zapato plano en el costado. Entonces Pontiac emprende la carrera por medio del camino del gran parque, el polvo nieva hacia arriba alrededor de sus pezuñas, las huellas de la calesa describen peligrosos meandros hacia un lado y hacia el otro; de repente, en una curva, se le doblan las rodillas y la cabeza cae en la arena laxamente.

Enseguida salen los hijos del jardinero, que estaban escondidos detrás del roble, y se ponen a mirar callados, sólo miran callados al jinete y al caballo. Un niño y una niña, cuyos brazos larguísimos cuelgan hacia la tierra como las cuerdas desocupadas de un péndulo; cuatro ojos que son membranas que se tensan sobre el odio; visten ropa zafia y con demasiados lavados, y Lucas la reconoce con cierta dificultad como ropa que fue suya un día. Ninguno da un paso al frente, simplemente se quedan allí callados mirando al jinete y al caballo muerto, que tiene las cuatro patas inmóviles ahora que han cesado los espasmos, y el polvo se posa lentamente y le empolva las ancas, que aún relucen con el sudor que emanaba del caballo cuando todavía

estaba vivo. Todo está inmóvil ahora, y las sombras de los robles se vuelven de repente negras extensiones definidas cavadas en la carretera, el susurro parece que se retira, también el molino de viento que hay detrás del parque, cuya ala coja siempre se oye precisamente debido a esa cojera, se ha callado; así que la estrecha carretera blanca se extiende detrás de él y también delante, y a su lado, Pontiac, el caballo muerto. Los suspiros de los niños del jardinero han ensombrecido el mundo, el gran parque se repliega y las nubes de aquel cielo azul estival, y hasta el trino mismo de las aves, se filtran a través de ellos mientras Lucas sigue de pie junto al caballo muerto.

Y quizá para no verse él mismo ensombrecido, o puede que no sepa el porqué hasta mucho después, se agacha y limpia con un pañuelo de seda los zapatos marrones de la mejor piel de reno. Lo hace muy despacio y a conciencia y metódicamente: primero la punta, alargada y bastante afilada, hasta que reluce como una alabarda al sol, y sigue hasta la hermosa curvatura del tacón. En todo momento mira furtivamente los pies desnudos de los hijos del jardinero, quiere verlos temblar, los dedos hundirse en la arena, estremecerse de impaciencia y luego seguir corriendo por el parque. Él quiere, sencillamente, vencer a sus suspiros. Luego, con el mismo cuidado, la misma calma insoportable, se sacude el polvo de las perneras del pantalón de montar y, al mismo tiempo, mira sigiloso las piernas desnudas, picoteadas, de las correrías entre rosas de los niños del jardinero, y es que quiere ver cómo empiezan a bailar y a rasgar a arañazos esa quietud rígida; pero nada semejante ocurre. Sus piernas están tan quietas como las patas muertas de Pontiac. El polvo de su ropa cae sin más, despacio, sobre el cadáver del caballo, donde el sudor ya se ha secado, la baba de su aliento postrero ya empieza a verse invadida por las moscas.

Nada ocurre durante largas horas, la verdad. Los perros de los guardabosques, el tintineo de cuyas cadenas, que por lo general, siempre resuena en el entorno, no parecen moverse en las casetas; el martilleo de la herrería del castillo tampoco se oye. Desconcertado, se quita la chaquetilla roja de terciopelo,

cruza con ella el aire varias veces por encima del caballo, en cuya carne blanda masas de insectos afianzan sus colmillos ahora en un silencio aterrador; una corriente de hormigas rojas avanza en tropel por la hierba del parque, como una vena abierta sobre el camino, y a través de la crin de la cola, que ha perdido súbitamente su esplendor, se extienden en forma de abanico por el lomo y por el vientre laxo. Las largas mangas de la chaquetilla están cubiertas de bordados de la abuela paterna, un hombre que lee libros suspendido en el aire, rosas blancas sobre hojas de sable desnudas, el escudo de armas familiar. Para demorar la resolución de la existencia, porque de eso puede que se trate pese a todo, para llegar a ser dueño de los suspiros de los hijos del jardinero, sus manos se detienen ahora una eternidad en cada rosa y en cada sable. ¿Aún no se oye nada por entre la calma del parque: el chapoteo de un remo en el estanque, los silbidos discretos de los muchachos que cortan los setos del castillo? No, sólo los suspiros, cuyas manos, embadurnadas de bajos deseos, se aproximan ahora a Lucas desde todos los flancos. Ve los brazos de los hijos del jardinero, como sogas de campanario, más inmóviles que nunca, un mínimo movimiento suyo —podrían, por ejemplo, inclinarse con expresión respetuosa y acariciar el lomo del caballo— podría ser todavía su salvación, pero el silencio y la parálisis de movimiento de las cosas sigue siendo igual de insoportable. Entonces, es la única espera que aún queda, se quita el gorro rojo muy despacio, le sacude el polvo contra la rodilla flexionada y, al mismo tiempo, observa vigilante las coronillas de los hijos del jardinero, como unidos en la parte superior por un anillo de cobre sin lustre, pero, quietos como estatuas de mármol, se inclinan mudos hacia el caballo. Y entonces todo está perdido; con el gorro en el puño, se siente de pronto obligado brutalmente por aquellos suspiros atroces y fuera de sí de dolor, de miedo, de arrepentimiento; en fin, de todo, Lucas mira uno a uno a los ojos de los hijos del jardinero. Chispas inmóviles de odio le arden en los ojos y, con un estremecimiento, reconoce el triunfo sobre su propia caída y el caballo muerto, y una sensación que ha tenido que aprender a

reprimir desde el primer momento: con el croquet, con los paseos a caballo, con las cacerías con el halcón Ajax y quizá también con las muchas carreras huyendo de los niños pobres de la zona, se abalanza impetuosamente sobre él, se asemeja a lo que reconoce como el sentimiento «culpa».

Y por un momento todo es dolor quieto, como un arroyo de vino agrio; las hormigas rojas cruzan el camino, y el abdomen y el lomo del caballo muerto están ya sembrados de hormigas, las moscas y otros animales alados lo sueltan temerosos y se elevan callados hacia las copas de los árboles. Y luego, quizá sin responder a un deseo intenso de verdad, da al caballo una patada violenta en el costado, tal que una de las pezuñas se levanta unos centímetros y unas cuantas hormigas mueren aplastadas debajo.

Y ahora corre el niño como si no fuera a volver jamás, como si quisiera interponer años luz de distancia entre su persona y el parque en aquel camino estival de blancura infinita, donde las huellas de las ruedas del coche y los impactos de las pezuñas de sus cuatro caballos se ven plasmados en el polvo como una cantidad infinita de monedas de plata entre dos líneas rectas. Y el que sueña sabe seguramente por qué corre el niño, y también por qué le ha dado una patada al caballo, pero ese niño pequeño en el camino blanco con la chaquetilla roja de terciopelo al hombro no sabe nada, salvo que la valla lo acorrala de repente y la rana a la que teme apesta a sus pies, verde y asquerosa; entre ruedas de coche muy altas, caballos de tiro enormes, arados arrumbados en el suelo y gallinas que aletean en todas las direcciones, alcanza el jardín del castillo; por encima de los setos, los tallos de lirios y las esbeltas damas de compañía de su madre, que dormitan en el césped cubriéndose la frente con el pañuelo, cruza a la carrera la portezuela y sube a la biblioteca y, llorando ya, se arroja sobre la piel de la alfombra y abisma su yo en el aroma a sangre de oso y a cigarros.

Resulta que pasan los años y él aprende a comprender; el parque es algo que evita; embargado de una especie rara de desesperación, se pone a mirar con frecuencia desde la cristalera de la torre a la penumbra que habita entre los árboles; si ve entonces

un cuervo precipitarse entre unos troncos azules por el lado del molino, la cojera de una de cuyas alas es lo único que permanece, cree al punto que el caballo sigue derribado en el camino, un cadáver viejo, con la carne llena de profundas hendiduras, marcas de picos y de dientes, y, desorientado y desesperado, quiere dejarse caer por la escalera de la torre y cavar una tumba para el amigo muerto, pero la oscuridad se impone rápidamente y él siempre cae en brazos de alguien, y lo llevan impotente por salas de cruda frialdad que apestan a polvo y a retratos en estado de putrefacción, de vuelta a su habitación a la sombra verde de la fachada.

Enfermo, susurran en el castillo. Chiflado, susurran en la comarca. Sí, psicólogos, psiquiatras, psicoterapeutas y psicoanalistas, todos esos afinadores del acordeón del alma acuden en tren, en moto, en coche, en autobús y en aeronave hasta su lecho como los pretendientes en las antiguas leyendas de casamientos: escriben programas, y crecen los diagramas; sin descanso hay que reclamar tinta de la ciudad; las salas de armas y las de conservación de las momias familiares se adaptan ahora como bibliotecas y laboratorios; con toda solemnidad le plantean preguntas a diestra y siniestra y de través; lanzar aviones de papel desde el techo, pues los movimientos pendulares del alma deben examinarse con detenimiento; aparatos que parecen fuentecillas o lavavajillas aterrizan en un flujo sin pausa y todo es muy interesante y muy confuso.

Mas el terror persiste, cierto es, y la culpa, y todos los demás escombros también; hay quien quiere conducirlo al parque como a un toro; le presentan muestras de grava del camino del parque y de otros muy distintos y le dicen que, en efecto, la diferencia es insignificante. Certificados con todo tipo de juramentos verifican de hecho que al poni Pontiac lo donaron como alimento a una familia desmayada de súbditos del castillo que nunca se había mostrado insatisfecha con su suerte ni se involucró en las revueltas por conseguir mejor comida. Pero a fin de comprenderlo él mismo —eso es lo que se le niega—, para dilucidar los oscuros secretos de los acontecimientos, parte un día de buena mañana,

mientras los criados se acercan con cuerdas y litera para llevarlo al parque, sube la escalera azul de caracol y llega al tejado por detrás del antiguo muro, refugio de grajillas y lugar que añoran los niños pobres. Puntos oscuros se acumulan a sus pies entre las estatuas del jardín, caras diminutas como cabezas de alfiler aparecen de repente cual capullos blancos en corolas negras.

—Dejaos ya de cuerdas y de preguntas tontas—grita mirando abajo y haciendo equilibrios sobre un pináculo, apoyado en una pierna, inclina el cuerpo hacia delante sobre el mudo abismo—, dejaos de doctores, medicinas y máquinas ridículas, aparatos para rayos x ¡y todo lo habido y por haber! Su padre estará seguramente también allí abajo en algún lugar, el viejo oficial con sus locos sueños circenses. Desde luego, sí, allí se lo ve corriendo, una hormiga bípeda por el jardín, las que lanzan destellos al sol serán las espuelas, sin duda. Por doquier se vuelve todo entonces vida y movimiento: enganchan carros, aparecen arrastrándose los coches, tan feos como escarabajos negros, cargan cajas, la gente entra y sale, las cornetas suenan en actividad incesante, los sonidos vuelan hacia él como mosquitos gigantes, y el lento río mucilaginoso de vehículos de motor y de carruajes tirados por caballos cruza las puertas del castillo y sale al camino principal; y Lucas baja corriendo para, tranquilamente, poder resolver el misterio del poni Pontiac y los hijos del jardinero.

Pero su padre lo coge del brazo con violencia, lo lleva a ras-tras por las alcobas desiertas donde resulta cada vez más insu-frible la descomposición de retratos moribundos: personas en diverso grado de putrefacción ya cuando estaban vivas empiezan a oler mal después de llevar varios años retratadas. Entran en la biblioteca, donde el padre echa el cerrojo, corre las cortinas y enciende la velas del candelabro, coge de la pared el látigo de cuatro metros de tralla. El hombre se fugó con un circo en su juventud, al parecer; peinaba a la prima donna, ayudaba a dar de comer a los leones; fueron a buscarlo y lo llevaron a casa, lo encerraron en el sótano por un período de cuatro meses. Allí, rodeado de ratas, moho y humedad, aprendió a usar el látigo, el domador de su propio deseo pudo por fin, en la cima de su

carrera, aplastar a una rata mientras huía, a una ardilla en la copa del abedul, pronto olvidaría al león y a los tigres por las ratas, las crías de ardilla. Querido por todos por su necesidad, admirado por todos por su crueldad, respetado por todos por su riqueza, con el tiempo llegó a poseer la mayor colección de látigos del país.

—Desnúdate —le dice el padre al pequeño—, quítate toda la ropa, déjala en la alfombra, inclínate hacia delante como el miserable que eres, las piernas ligeramente separadas, la espalda dando a la puerta, la cabeza tan cerca del suelo como puedas, que la melena cuelgue hacia abajo, así pareces un león.

Despliega el látigo larguísimo, gira otra vez la llave en la cerradura; fuera, en el suelo, resuenan los pasos atemorizados de la servidumbre. Transcurre entonces un minuto de silencio, de repente retumban los carros al cruzar bajo el techo abovedado, cabecean los caballos, un cochero canturrea una canción, la tralla se arrastra despacio por el suelo como una serpiente al desplegarse hacia el niño aterrorizado, cuyo cuerpo es blanco como el marfil. Se eleva entonces ligeramente el látigo a una orden del propietario, se enrosca con elegancia alrededor de un candelabro de plata y lo lanza con violencia por el aire.

—Ni se te ocurra moverte, cruza las manos en las rodillas, estira la espalda, así atizo mejor.

Y otra vez el látigo corta el aire de la habitación, y desde el hombro del niño cruza hacia la cadera izquierda y cava súbitamente un canal rojo a través del blanco territorio.

—Uno por ese maldito cavilar tuyo. Cavilar es una tarea sucia, más apta para monjes, menesterosos, cerdos y subalternos. En cambio, cuando se tiene vino en abundancia, látigos, caballos, entonces cavilar es pecado. Siente cómo el vino corre garganta abajo; si no corriera bien, elige otro. Siente cómo el látigo se despliega en la mano muellemente; si no, manda que el carpintero talle un mango que se amolde mejor. El caballo es veloz, si cae será su culpa, y además, hay otros. No seas nunca compasivo, es algo que únicamente mueve a risa, que únicamente roba un tiempo precioso, espolea a los caballos en el lomo y gánate el respeto.